

Algunos rasgos de la actual crisis capitalista

ALONSO AGUILAR M.

Opiniones dominantes en círculos burgueses

La burguesía y sus ideólogos no son dados a hablar de la crisis y menos aún a hacerlo con rigor y espíritu crítico. Cuando aluden a ella, o bien la suponen algo universal e inevitable —una especie de crisis moral que supuestamente afecta a la humanidad entera—, o bien la hacen consistir en un desajuste económico sin importancia, pasajero y meramente coyuntural, que el Estado y la empresa privada pueden, desde luego, corregir. En ambos casos la crisis nada tiene que ver con el sistema económico que la genera ni con el tipo de sociedad en que vivimos, pues mientras unas veces deriva de la condición humana misma, otras es fruto de circunstancias adversas que está a nuestro alcance superar. Bajo la presente crisis se dan a menudo tales explicaciones, variando el acento que se pone en tal o cual hecho particular. Se repite con frecuencia, por ejemplo, que la crisis obedece al agotamiento de ciertos recursos naturales y a las condiciones meteorológicas desfavorables que, en años recientes, hicieron escasear y subir los precios de ciertos productos agrícolas. Se habla de que el problema más grave consiste en los desajustes sufridos por las naciones importadoras de petróleo y en el impulso a la inflación que ha significado el alza en el precio de ese energético, decretada “arbitrariamente” por los países de la OPEP. Se afirma que la crisis es monetaria y financiera y que arranca de las devaluaciones, el resquebrajamiento del sistema nacido en Bretton Woods y el cada vez mayor déficit en las finanzas gubernamentales, o bien se insiste en que se trata de una crisis comercial y de balanza de pagos, aunque no ajena a tales desajustes y a la inflación. Algunos señalan que la revolución técnico-científica ha impuesto un nuevo patrón de relaciones entre los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados que inevitablemente provoca ciertos desajustes, en tanto otros creen que las causantes de la crisis son las empresas transnacionales, en parte por haber creado el mercado de eurodólares, que de hecho es un sistema bancario y financiero internacional grandemente especulativo y de

imposible regulación o control. Incluso no faltan quienes ven en la presente situación una crisis política asociada al fin de la hegemonía norteamericana y el tránsito hacia el policentrismo.

Ante explicaciones tan diversas y el hecho de que no pocas de ellas parecen coincidir en que la solución consiste en superar en un sentido puramente cuantitativo lo hecho hasta ahora, la necesidad de comprender la naturaleza de la crisis no es sólo o siquiera principalmente una cuestión académica. Es un asunto de la mayor significación práctica y, concretamente, política, porque sin tal comprensión es imposible descubrir las más graves contradicciones del capitalismo en la presente etapa y, por tanto, trazar una estrategia y adoptar una técnica que respondan eficazmente a ellas.

El verdadero alcance de la crisis

Es tan complejo el fenómeno y tan diferente, en algunos aspectos, de otras crisis, que incluso en círculos marxistas se advierten discrepancias y aun opiniones encontradas. Algunos hacen hincapié en que se trata de una crisis cíclica. Otros, en cambio, postulan que es estructural. Mientras unos destacan la tendencia del sistema al estancamiento o ven la situación actual como el inicio de una larga fase depresiva llamada a suceder a una también prolongada prosperidad, otros subrayan el carácter de crisis general del capitalismo, del imperialismo y/o del capitalismo monopolista de Estado.

Lo primero que parece inadecuado postular, como si se tratara de los extremos de una alternativa, es que la crisis sea cíclica y no estructural, o viceversa. Bajo el capitalismo, el proceso de producción y de reproducción se desenvuelve cíclicamente, en tres fases sucesivas que constituyen el ciclo de rotación del capital, y, en un sentido más amplio, la metamorfosis que sufren todas las mercancías en tal régimen de producción. Si algo es, entonces, estructural, es el ciclo mismo, así como la unidad y al mismo tiempo las interrupciones y rupturas que suelen surgir tanto en cada una de sus fases como en el tránsito de una a otra. El que la crisis sea cíclica no significa, pues, que no sea estructural, del mismo modo que el que tenga este carácter no implica, necesariamente, la negación de aquél. Igualmente nos parece erróneo atribuir a la actual crisis un carácter tan específico o singular, que por un lado impide advertir lo que tiene de común con otras así como las leyes que rigen a todas, y por el otro niegue la existencia de una crisis general, o cuando más, admita la posibilidad de que ésta surja en el futuro.

En ciertos casos se pone excesivo énfasis en las manifestaciones internacionales, y con menor frecuencia en las modalidades nacionales de la crisis, sin repararse en la relación dialéctica de unas y otras ni en que el capitalismo las supone y engloba a todas. A menudo se sugiere que lo que está en crisis no es tanto el modo de producción sino un "modelo"

o patrón de acumulación —entendido éste como cierto juego de relaciones entre diversas variables—, que deberá ceder ante nuevas combinaciones en la asignación de los recursos y una nueva estructura productiva. Y mientras a veces se asocia la crisis a aspectos del proceso económico o bien se la ve como la suma de una serie de desajustes parciales más o menos graves, en otras ocasiones se señala que es el capitalismo en su conjunto el que está en crisis, lo que para unos significa, como antes vimos, una crisis del imperialismo —tomado en general como capitalismo monopolista— y para otros entraña una que, más concretamente, afecta al capitalismo monopolista de Estado.

En nuestra opinión estamos sin duda ante una crisis cíclica, ante una fase del ciclo económico en la que culmina y a la vez se rompe y llega a su fin un período previo de crecimiento. La crisis es internacional en tanto afecta al capitalismo como un todo, y también nacional, en cuanto sus manifestaciones no expresan pasiva ni mecánicamente lo que ocurre en la metrópoli o en el mercado mundial, sino la forma específica en que el capitalismo y sus principales contradicciones se desarrollan en cada país. La crisis actual no sólo sucede a una breve fase de crecimiento: en realidad sigue a una larga etapa de expansión sólo interrumpida por varios recesos relativamente leves. Y aunque para algunos no se trata de una crisis tan grave y profunda como la de 1929, lo cierto es que se produce en el marco de una crisis general que exhibe la creciente descomposición del capitalismo, la agudización de sus contradicciones internas y su cada vez más enconada oposición al socialismo —en la que sin duda se expresa, a escala internacional, el agravamiento de la contradicción burguesía-proletariado—, así como los cambios que en este nuevo y para el capitalismo más difícil contexto histórico se producen en el ciclo económico.

El que los desajustes propiamente cíclicos se entrelacen con una crisis general, o sea con un proceso de debilitamiento del capitalismo que tiene una dimensión histórica mucho más vasta y profunda, hace que la situación a que nos enfrentamos rebase el marco de una crisis económica y se vuelva una propiamente social y cultural, y, en más de un aspecto, política. Por eso tiene especial interés precisar si la crisis afecta o no al sistema en sus relaciones internas y en sus centros económicos y de poder fundamentales. Recordar que es una crisis capitalista es ya un primer delinde necesario y esclarecedor que orienta sobre su naturaleza y deja ver que el fenómeno no aqueja, al menos directamente, a los países socialistas, pero quedarse ahí impediría distinguir la actual crisis de las muchas que el capitalismo ha sufrido en el último siglo y medio. Incluso verla tan sólo como una crisis del capitalismo monopolista privado, como si los grandes conglomerados transnacionales operaran al margen y por encima del Estado y aun del sistema del que son la espina dorsal, impediría comprender a fondo el funcionamiento del imperialismo y del capitalismo en su conjunto en la fase actual, así como el papel del Estado en el proceso

de acumulación y por tanto de reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Quedarse en una explicación de la crisis que excluya o soslaye el capitalismo monopolista de Estado significa por otra parte, romper con un aspecto esencial de la teoría leninista del imperialismo, y, lo que es más grave, con la propia realidad, divorciarse totalmente de ella y sustituirla por esquemas anacrónicos e invigentes, además de abrir la puerta a posiciones políticas oportunistas o sectarias, que ora convierten al Estado en la entidad capaz de resolver los más graves problemas, ora lo ven como un simple instrumento del que los monopolios disponen a su antojo.

A estas horas son bien conocidos los descensos en la producción de los principales países capitalistas, sufridos sobre todo en 1974 y 75. Lo es también el hecho de que en los últimos años se redujo apreciablemente la tasa de ganancia tanto medida en relación al producto nacional bruto como respecto al valor de los activos fijos, así como, en general, los datos que exhiben el alza ininterrumpida de los precios, al cada vez mayor desempleo y los desequilibrios sin precedente en las balanzas comerciales y de pagos y en las finanzas gubernamentales.¹ Por ello no abundaremos, en estas líneas, en torno a tales desequilibrios. En lugar de ello trataremos de comprender cómo y por qué se producen, pues de no ser así no entenderemos por qué el capitalismo está en crisis ni cuáles son la naturaleza de ésta, su origen y sus posibles soluciones.

De la depresión de entonces a la crisis de ahora

Los años treinta, como se sabe, conocieron la más severa y larga depresión sufrida por el capitalismo. Alemania y en menor medida Italia y Japón se libraron de ella mediante regímenes abiertamente dictatoriales que pusieron en marcha vastos programas bélicos así como un control propiamente militar del proceso económico y en particular de los salarios. Pero fue la segunda guerra mundial, entre 1939 y 1945, lo que permitió al sistema dejar atrás la depresión e iniciar un nuevo ciclo. En varios momentos las contradicciones de la reproducción capitalista se exhibieron de bulto y el fantasma de la crisis reapareció: así fue, por ejemplo ya en 1946, o sea unos meses después de que el conflicto terminara, y sobre todo en 1948-49, en 1953-54, 1960-61, 1965-66 y 1969-70. Una y otra vez, sin embargo, se encontraron antídotos eficaces que, con breves interrupciones, permitieron recobrar altos niveles de producción, ingreso y empleo. Concluida la guerra el *peligro* de la paz fue conjurado con la política de guerra fría. Y así como el enfrentamiento al fascismo permitió destruir una enorme riqueza y fortalecer grandemente al imperialismo norteamericano, la cruzada anticomunista —en verdad una sorda lucha contra todo intento revolucionario y aun meramente democrático, de cambio social— hizo posible destruir recursos físicos en conflictos parciales como la Revolución china y la guerra de Corea, así como estimular artificialmente la demanda a través de enormes gastos como los que el Plan

Marshall canalizó hacia Europa Occidental y los que reclamó la ocupación de Japón, la erección de una tupida red de bases militares yanquis y el sometimiento político de un gran número de países a la ofensiva anticomunista.

La terminación de la guerra de Corea pareció de momento anunciar el fin de la prosperidad capitalista. Mas al impulso de la reconstrucción europea y la expansión de la planta productiva en los Estados Unidos se añadieron costosos programas de construcción residencial y de modernización urbana, que a menudo requirieron una nueva infraestructura de servicios y una gran liberalización de la política crediticia. El crecimiento económico en Europa, Japón y Canadá, y en menor escala la industrialización de los principales países del tercer mundo —entre otros Brasil, Argentina, México, La India, Irán y Egipto— contribuyeron a aplazar la crisis e internacionalizar la producción y el capital a un ritmo sin precedente.² La sola guerra de Vietnam reclamó al imperialismo tal volumen de hombres y recursos materiales, que durante varios años pareció suficiente para mantener a flote una cada vez más irracional sociedad de consumo y desperdicio.

Para responder a los crecientes desequilibrios del sistema fue menester, empero, echar mano de todos los recursos. A partir de la segunda guerra el capitalismo combina y actualiza las fórmulas keynesianas usadas principalmente por los países anglosajones, con las propiamente hitlerianas empleadas por aquellos que cayeron bajo el fascismo. El saldo es un crecimiento desigual, en unos casos —Alemania, Japón y durante algunos años Italia y Francia— bastante rápido, y en otros —Estados Unidos y sobre todo Inglaterra— lento e inestable, acompañado en años recientes de una inflación crónica que si bien ayuda a mitigar ciertas contradicciones, a la postre agudiza y aun hace surgir nuevos desequilibrios que, pese a los altos niveles de demanda y de explotación del trabajo, tienen en jaque a la tasa de ganancia y por tanto a la economía del imperialismo en sus bases mismas.

Para comprender mejor el marco en que el proceso se desenvuelve quizá sea útil recordar brevemente, y por ello a un nivel de abstracción que vuelve imposible advertir matices y aun diferencias importantes, algunos de los rasgos que, en los grandes países capitalistas, caracterizan la fase de prosperidad que antecede a la actual crisis.

El aumento del ingreso entre la terminación de la segunda guerra y fines de los años sesenta resulta de, y a la vez permite, una creciente acumulación de capital, que con frecuencia excede del 20% del producto interno bruto. En verdad no sólo se eleva el monto anual de la inversión sino el acervo de medios de producción. Y como ello coincide con avances tecnológicos y concretamente organizativos que permiten incrementar la productividad del trabajo, en general crece también tanto la composición técnica como orgánica del capital, o sea el volumen de medios de producción manejados por cada trabajador y la relación entre el capital

constante y el variable en la formación del valor. Dicho proceso alienta grandemente la concentración y centralización del capital,³ ahora reforzados por un Estado y cuyas relaciones con los monopolios se estrechan como nunca antes y cuya intervención en el proceso de acumulación es cada vez mayor y más directa. El Estado compra a los monopolios bienes y servicios a precios altos y los vende a precios bajos, les otorga subsidios y otras facilidades fiscales y crediticias, fomenta la exportación de mercancías y capitales, y cuida que el nivel de los salarios no aumente más allá de ciertos límites; construye además una costosa infraestructura de servicios en favor principalmente de la oligarquía financiera, promueve y aun se hace cargo de la investigación tecnológica y científica, estimula el aumento de la productividad y de la demanda de bienes de producción y de consumo, alienta el desperdicio y las más variadas formas de dilapidación de la riqueza en busca de nuevas oportunidades de inversión lucrativa, retiene y hace suyas actividades riesgosas y de bajos rendimientos que en realidad no interesan ya a los capitalistas y organiza la explotación directa de grandes masas de trabajadores, en esos y otros campos en que la valorización del capital sólo puede realizarse a tasas de ganancia inferiores a las medias y, por tanto, insatisfactorias para el capital monopolista privado.

Merced a todo ello la acumulación de capital se mantiene a niveles relativamente altos y no se traduce de inmediato en una sobreproducción generalizada, en particular de bienes de consumo. Y cuando ésta se deja sentir, el sistema responde con una política que estimula la demanda y/o tiende a contraer la producción. En efecto, o bien implica la destrucción o reducción de ésta, la formación y almacenamiento de *stocks* que exceden con mucho a las necesidades presentes y futuras del mercado, y la exportación de excedentes en condiciones que entrañan una competencia ruinosa para otros productores y en especial para los países subdesarrollados, o bien incrementa artificialmente el poder de compra de ciertos estratos sociales, muy por encima de lo que correspondería al nivel de producción e ingresos reales.

El largo período de expansión que sigue a la segunda guerra, si bien nunca permite absorber todos los recursos disponibles ni se expresa realmente en el pleno empleo de la fuerza de trabajo, genera una creciente tensión sobre el sistema que a menudo, sobre todo entre 1966 y 70, la refuerza la tendencia descendente de la tasa de ganancia. De hecho no hay un medio susceptible de contrarrestarla al que no se recurra: la intensificación del trabajo, la incorporación de mujeres y adolescentes al mercado, el control de los salarios y aun el mantenimiento de éstos a niveles inferiores al valor de la fuerza de trabajo, la presencia permanente de un vasto y cada vez mayor ejército de desocupados y subocupados, el abaratamiento de los medios de producción y de subsistencia, la prolongación de la jornada laboral cuando ello es posible, la obtención de mayores ganancias a través de la exportación de mercancías y capitales, la im-

portación de trabajadores migratorios a quienes se pagan salarios inferiores o se explota más que a los nacionales, y el creciente control por el Estado de actividades en que la composición del capital es especialmente alta y las tasas de beneficio especialmente bajas: de todo ello echa mano el capital monopolista. El empleo de tales expedientes —y en particular la mayor explotación de los trabajadores— y la influencia ideológica y política todavía muy grande de la burguesía sobre la clase obrera, contribuyen a crear condiciones que permiten contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, pero en un sentido más profundo y una perspectiva histórica más amplia, agravan la crisis.

A partir de 1974 aumenta rápidamente el desempleo, hasta afectar en los países capitalistas más industrializados a más de 15 millones de trabajadores, y se generaliza un receso que hace descender la producción global e industrial como nunca antes desde los años treinta, especialmente en Inglaterra, Italia, Francia, los Estados Unidos y Japón. Si bien ciertos indicadores metroeconómicos podrían hacer pensar en desequilibrios de poca monta, los hechos comprueban que estamos ante profundos desajustes, que la tendencia a la declinación de la tasa de ganancia ha dado paso a una caída real —aun cuando, desde luego, no uniforme— a cuyos efectos no ha logrado escapar el capital monopolista, y que si ello no desenlaza en una severa depresión no es porque la situación del capitalismo sea ahora menos difícil que hace cuarenta años —en realidad lo es mucho más— sino porque la agudización de sus contradicciones y de la lucha de clases dentro de cada país y frente al socialismo y las fuerzas antiimperialistas, determinan que los mecanismos espontáneos de ajuste no operen ya a la manera tradicional, en parte porque el capitalismo monopolista de Estado ha impuesto al ciclo económico cambios sustanciales y en parte porque, políticamente, sería muy riesgoso a estas horas emplear correctivos tan drásticos e imponer a las masas un precio tan alto en términos de violencia y explotación.

Ya hemos señalado algunos de los cambios que sufre el ciclo económico en la posguerra y, concretamente, a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Pero, aun a riesgo de incurrir en cierta repetición acaso valga la pena subrayar los principales.

Como se sabe, múltiples factores influyen para que en la actual fase del capitalismo monopolista de Estado tienda a acortarse el ciclo económico. El primero y más importante es, sin duda, la agudización de la contradicción fundamental, que en cierto modo reclama la crisis, o sea el fin de un ciclo y el principio del siguiente como condición para destruir económica y aun físicamente parte del capital disponible y para elevar así la tasa de ganancia. Otros son la influencia que los avances técnicos ejercen sobre el ritmo de la construcción y los períodos de gestación de nuevas inversiones, las facilidades dadas por el Estado para depreciar contablemente activos fijos en plazos muy inferiores a los de su duración real y las altas tasas de obsolescencia, impuestas no sólo por rápidos cam-

bios técnicos sino por la severidad de la competencia monopolista y el gran desperdicio que ésta entraña. Todo ello acorta los plazos de renovación del capital fijo impuestos por el móvil de lucro y, por tanto, el ciclo económico.

Al mismo tiempo, sin embargo, los rasgos propios de cada fase cambian apreciablemente. Se prolonga y en general pierde intensidad la fase de ascenso, aunque en algunos países se logran altas tasas de crecimiento. En segundo lugar, tanto la política del Estado de apoyo a los monopolios como las prácticas comerciales y los patrones de gasto de los consumidores se traducen, en parte sin duda estimulados por la inflación, en el mantenimiento de cuantiosos inventarios que exceden la demanda que pudiera considerarse normal. La persistencia de la inflación es otro factor que altera el módulo previo y digamos tradicional del ciclo. Aun cuando el impulso de la acumulación empieza a debilitarse, el descenso de los precios, influidos fuertemente por el capital monopolista, no se registra. Incluso siguen subiendo o al menos se mantienen muy altos, lo que si bien impide un más rápido ajuste, aplaza la crisis de sobreproducción y aun libra de momento al sistema de una brusca caída que, en otras condiciones, tendría que producirse. En el mantenimiento del alto nivel de precios y en el hecho de que los crecientes desequilibrios internos y externos no estallen con mayor violencia, juega un papel muy importante el crédito gubernamental y privado, gracias al cual el proceso económico no sólo descansa en cierto volumen de capital real sino en uno mucho mayor de capital ficticio, que, con todo y ser casi totalmente improductivo, opera como un elemento amortiguador. En fin, por lo que hace a las oscilaciones del nivel de empleo y su relación con el ciclo ocurre, como se sabe, algo similar aunque de tendencia inversa a lo que hemos señalado respecto a los precios. Es decir, así como éstos se mantienen altos aunque la demanda y la actividad económica declinen, el nivel de ocupación muestra un desempleo constante aun en los momentos de auge que naturalmente se agrava cuando la actividad empieza a contraerse. Pero ni en una ni otra fase del ciclo las oscilaciones del empleo tienen la flexibilidad de otros tiempos, en que la resistencia sindical de los trabajadores era menor y la lucha de clases menos intensa.

Acumulación excesiva, inflación y crisis

Quando recordamos que la sobreacumulación de capital procede y anuncia la caída de la tasa de ganancia y, por consiguiente, la crisis, no queremos decir que las tasas de acumulación sean muy altas —salvo, probablemente, en Japón— y frente a las necesidades reales de la sociedad y menos aún los países capitalistas tengan una capacidad productiva que no es ya susceptible de crecer. La acumulación es incluso mucho mayor en los países socialistas y en ellos no hay inversiones excesivas ni crisis económicas.

“¿Qué significa, pues, superproducción de capital? Significa, simplemente, superproducción de masas de valor destinadas a crear plusvalía o, si nos fijamos en el contenido material, superproducción de mercancías destinadas a la reproducción [...]” significa que se produce demasiado con fines de lucro o que se destina una parte demasiado grande del producto, no a consumirse como renta sino a producir más dinero [...]”⁴.

La superproducción capitalista es siempre relativa. La plétora de ciertas mercancías no indica que excedan a las necesidades reales sino simplemente que no pueden venderse al precio y con el beneficio que espera el capitalista. Lo mismo acontece con el capital, es decir: sólo se invierte en tanto reporte a su dueño una ganancia satisfactoria. Y como es bien sabido, en tratándose de ganancias los capitalistas no son fáciles de satisfacer. En esto radica el problema y ello es lo que no solamente lleva al capitalismo a la crisis sino a sufrir desequilibrios cada vez más profundos, pues mientras por un lado el móvil de lucro supone y reclama explotar más y más a los trabajadores, por el otro, la creciente explotación mina las bases del sistema, condiciona desfavorablemente el desarrollo del mercado, profundiza el antagonismo entre la socialización de las fuerzas productivas y la concentración monopolista de la riqueza, y por tanto entre la producción y el consumo, y en última instancia impide que el ciclo del capital y el proceso todo de desarrollo se desenvuelvan sin graves rupturas y en condiciones medianamente estables.

La situación de los principales países capitalistas comprueba que eso es lo que ha acontecido en la actual crisis. Apenas se entrevé la posibilidad de una caída en la tasa de ganancia se procede a aumentar la tasa de explotación; pero el remedio contribuye a menudo a agravar la enfermedad debido a que, en el fondo, la explotación cada vez mayor de los trabajadores está ligada tanto al aumento como a la disminución de la tasa de ganancia. Para comprender mejor la dialéctica de tal relación conviene tener presentes estas palabras de Marx:

“La tendencia a la baja a la cuota de ganancia *lleva aparejada* (el subrayado es nuestro) la tendencia al alza de la cuota de plusvalía, es decir al grado de explotación del trabajo...” “La cuota de ganancia no disminuye porque el trabajo se haga improductivo, sino porque se hace más productivo. Ambas cosas, el alza de la cuota de plusvalía y la baja de la cuota de ganancia, son simplemente formas especiales en que se manifiesta bajo el capitalismo la creciente productividad del trabajo”.⁵

Lo que quiere decir que aun admitiendo que, como observan Baran y Sweezy, en la fase actual del imperialismo el excedente o plusvalía tiende a crecer —tendencia, por cierto, que como puede apreciarse en la transcripción anterior es ya advertida y mencionada expresamente por Marx en las postrimerías de la etapa premonopolista—; ello no significa a

nuestro juicio que, como lo piensan aquellos autores, por tal razón, aun reconociendo la capacidad de los monopolios para influir sobre los precios, deje de estar presente la tendencia de la tasa de ganancia a caer. Más bien parecería que ambas interactúan estrechamente y que, pese al aumento de la tasa de plusvalía, la agudización de la contradicción fundamental del sistema y el angostamiento de sus posibilidades de acción, concretamente frente al socialismo, mantienen y aun refuerzan la tendencia al deterioro de la tasa de beneficio.

Y lo que es más claro es que si bien el capitalismo monopolista de Estado encuentra nuevos medios para facilitar la valorización del capital, sin los cuales la tasa de ganancia sería menor, en tanto provocan una creciente y crónica inflación a través de una política fundamentalmente interesada en extraer y redistribuir plusvalía, y aun en trasladar parte del valor de la propia fuerza de trabajo de las masas a la burguesía y la oligarquía, la estabilidad y la prosperidad del sistema se van convirtiendo en un castillo de naipes, o como alguien ha dicho con gracia, en un "castillo de tarjetas de crédito".

La crisis no cede ya ante las recetas keynesianas. Si bien el Estado gasta cada día más, en parte porque el capital monopolista sólo puede sobrevivir en el invernadero a que equivale la generosa política con que el aparato estatal intenta contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, la revolución palácica promovida por el famoso economista inglés cumplió su misión al contribuir a suavizar los desajustes y contradicciones del capitalismo de otros tiempos, de lo que el propio Keynes solía llamar capitalismo individualista o liberal. Pero los problemas de hoy son de mayor envergadura. Los años del *laissez faire* han quedado atrás. Durante cuatro decenios se ha estado bombeando, a veces casi sin cesar, para devolver al capitalismo el vigor que en otros tiempos le dio la empresa privada. Y lo que supuestamente debió haber resultado en la ocupación plena y en una nueva etapa de estabilidad y desarrollo autosostenido ha llevado—incluso en países como Francia en que el capitalismo monopolista de Estado recurrió a la llamada planificación indicativa— al desempleo masivo, la inflación y la crisis, lo que demuestra que tales perturbaciones no han sido esta vez fruto de que el mercado y las leyes que lo rigen se dejaran operar a su suerte, sino de que el Estado y el capitalismo monopolista de Estado fueron también incapaces de evitarlas. Hasta podría decirse que la cínica recomendación keynesiana de abrir hoyos y luego taparlos como forma de estimular la demanda, con el tiempo se convirtió en la política de tapar un hoyo para abrir, de inmediato, otros muchos más grandes.

Cierto que la inflación ha contribuido a que el desarrollo capitalista se sostenga, así sea artificialmente y al precio de desequilibrios cada vez más graves. Sin el estímulo que los enormes presupuestos militares, otros gastos en gran parte improductivos, los subsidios, el crédito y los altos precios han significado para los monopolios, el ciclo del capital habría

sufrido serias rupturas y los problemas de realización serían acaso insolubles. En cada una de las fases de este ciclo el apoyo del Estado y en general del aparato institucional a los grandes consorcios monopolistas ha estado presente. En la fase del capital-dinero, por ejemplo, de haberse dependido del monto real de la producción y de los mecanismos tradicionales de realización, habría sido imposible contar con el enorme volumen de medios de pago y el alto grado de liquidez de que se ha dispuesto gracias a los gobiernos y al aumento sin precedentes del crédito bancario. Y si bien sólo una parte pequeña de la circulación monetaria es capital-dinero y el volumen de éste no determina, naturalmente, la escala de la producción, la posibilidad de disponer de mayores fondos tiene, sin duda, importancia.⁶

Algo similar podría decirse respecto a la fase del capital productivo. ¿Habría sido posible lograr y sobre todo mantener las tasas de acumulación de los últimos decenios sin la activa y permanente presencia del Estado tanto en su papel de promotor, coordinador y benefactor de los monopolios como en su nuevo y cada vez más importante rol de empresario que invierte y gasta enormes sumas de dinero y explota directamente grandes masas de trabajadores. ¿Quién, de no ser él, habría podido financiar una guerra tan larga y costosa como la de Vietnam? ¿Quién más hubiera podido soportar tan cuantiosas pérdidas a fin de facilitar la valorización del capital monopolista y asegurar así cierta estabilidad al sistema? Sin el apoyo que tal política significó a la internacionalización del capital y al desarrollo de las ramas más dinámicas de la economía el crecimiento logrado habría sido imposible, y la crisis, con su dramática secuela de instalaciones productivas y hombres parados, habría estallado mucho antes y con mayor severidad.⁷

¿Y qué decir, sobre todo, de la tercera y última fase, o sea de aquella en que el valor ya incrementado en el proceso productivo debe, de nuevo, convertirse en dinero? Sin los múltiples mecanismos empleados por el capitalismo monopolista de Estado para inflar artificialmente la demanda, para facilitar las ventas, para suplir el dinero generado por la producción con billetes recién salidos de la imprenta y para financiar liberalmente a los grandes consorcios sobre todo en los momentos difíciles, la actividad comercial se habría desplomado, la producción interrumpidose y el mercado estaría —mucho más de lo que ya está— abarrotado de mercancías.⁸

Todo esto no significa sin embargo, ni mucho menos, que el problema de la crisis esté resuelto. Las contradicciones del capitalismo y aun de la política con que se les hace frente son cada vez más profundas. Ya no se trata solamente de un fenómeno cíclico, sino de una situación en la que desenlaza un largo período de expansión en un momento en que la crisis general, propiamente histórica del capitalismo, se agrava, y en que la confrontación con el socialismo y los pueblos que luchan por su liberación entra a una nueva fase.

La producción, la acumulación de capital y la realización de la plusva-

lía se han internacionalizado como nunca antes, lo que sin duda revela hasta dónde el trabajo se ha diversificado y socializado. Pero este es sólo un extremo de la contradicción fundamental: el otro consiste en que por encima de actividades económicas, fronteras geográficas y aun demarcaciones políticas el capital se concentra y centraliza, también como nunca antes, en poder de una minúscula pero multibillonaria oligarquía financiera. Y en la medida en que la solución a la crisis es fortalecer más y más a los monopolios, en vez de que sea la reducción de los precios es su elevación sistemática, o sea la inflación generalizada, con lo que intenta contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Con ello, si bien aparentemente se suaviza el ciclo y se mantiene la prosperidad, en el fondo se acentúa la sobreacumulación de capital.

La inflación no es ya algo pasajero o siquiera meramente cíclico. Es un signo de la lucha de clases y un arma económica y política al servicio de la oligarquía; una constante del capitalismo monopolista de Estado, etapa del imperialismo en que el funcionamiento de la ley del valor se altera profundamente debido a que, para mantener aun precaria e inestablemente cierta tasa de ganancia, el capital monopolista requiere de un régimen de altos precios, de mecanismos que, como la inflación, transfieran plusvalía en su beneficio, y de salarios que, bajo el estímulo de un desempleo masivo y una movilidad internacional creciente de la mano de obra permitan altas tasas de explotación y aun de superexplotación de la fuerza de trabajo.

A estas horas es claro que ni el *welfare state* keynesiano ni el el *warfare state* hitler-nixoniano puede corregir los profundos desequilibrios que aquejan al sistema. La perspectiva de más y más gastos fundamentalmente militares y por tanto destructivos no es capaz de abrir nuevos y mejores horizontes. De seguir las cosas como están el capital monopolista seguirá respondiendo a cualquier reducción de la demanda con altos precios y métodos de producción que eleven la productividad del trabajo y reduzcan el costo de los salarios así sea a cambio de aumentar masivamente el desempleo. Lo que por cierto demuestra que la actual crisis no sólo se manifiesta en la esfera de la circulación sino también y, sobre todo, de la producción, o sea en torno a la productividad y el reparto entre trabajo necesario y excedente, y desde otro ángulo comprueba a la vez que, en tanto los trabajadores dispongan de una parte cada vez más pequeña de lo que producen, el desperdicio de recursos y en particular de la fuerza de trabajo será creciente y el funcionamiento del sistema cada vez más irracional.

¿Depresión, fascismo o socialismo?

En condiciones políticamente menos difíciles el capitalismo habría "resuelto" sus problemas como en otros tiempos. Cuando la acumulación de capital hace subir los salarios más allá de cierto nivel nada hay mejor

para el sistema, como condición para iniciar un nuevo ciclo, que una severa depresión que empobrezca masiva y rápidamente a quienes trabajan y deje sin empleo a millones de hombres y mujeres. Aun siendo un pequeño alivio, la contracción de los últimos dos años no basta para superar los más graves desequilibrios. Los correctivos para restablecer la tasa de ganancia y reavivar el proceso de acumulación deben ser mucho más severos. No es suficiente que la producción disminuya 5% ó 6%, que los salarios reales se congelen y aun reduzcan levemente y que el desempleo afecte —como ya ha ocurrido— al 8%, al 10% o incluso al 15% de la fuerza laboral. Si la gran depresión de los años treinta, con su enorme destrucción de capital a lo largo de una década fue incapaz de dar al capitalismo de entonces, nuevos bríos, menos podrá hacerlo el actual receso, con 15 ó 20 millones de desocupados en las principales naciones industriales, y otros tantos o aun muchos más en el resto del sistema.

Aparte de que una depresión es económicamente insuficiente para abrir una nueva perspectiva a largo plazo, lo cierto es que ni siquiera es fácil provocarla. El capitalismo tiene todavía no pocos recursos de que echar mano, pero el mundo de hoy no es el de hace cuarenta o cincuenta años. La depresión tropieza a estas horas con múltiples trabas: las ya muy altas tasas de explotación y el bajo poder de compra de millones de trabajadores, la organización sindical de éstos y su resistencia a los despidos injustificados y al abatimiento de los salarios; sus luchas por resarcirse de los efectos de la inflación, el creciente descontento popular y el temor de la burguesía a que éste se convierta en un problema político. Y, sobre todo, el temor de que una dura y larga depresión haga perder en definitiva al capitalismo, aun a corto plazo, la carrera— por lo demás históricamente ya perdida— con el socialismo. Tan sólo el poder del capital monopolista de Estado y su necesidad orgánica, vital, irrenunciable de la inflación, deforma el ciclo clásico e impide el espontáneo y rápido desarrollo de la depresión, lo que limita sus efectos reparadores.

Si aun bajo los prósperos años recientes la izquierda italiana y francesa se fortaleció frente a la burguesía, ¿qué ocurriría si ésta optara por una política depresiva en la que todo el peso de la crisis se deje caer sobre los trabajadores? ¿sería éste el mejor modo de impedir que —como Ford y Kissinger lo reclaman— se cierre el paso a la posibilidad de que socialistas y comunistas accedan a puestos de elección popular? Y, ¿cómo conciliar, sobre todo, tal política con la necesidad —subrayada angustiosamente hace apenas unas semanas por el propio Kissinger ante los embajadores norteamericanos en Europa— de sortear “el mayor problema de nuestra época”, o sea el que “la Unión Soviética emerge como una superpotencia” cuya influencia debe ser contenida a lo largo del presente “período histórico”? No precisa mucha imaginación para comprender que si en los últimos años el capitalismo perdió terreno frente al socialismo, de caer en una honda depresión las cosas se agravarían mucho más. La derrota norteamericana y el triunfo de la revolución en Vietnam, en Laos,

Camboya y hace apenas unas semanas en Angola demuestra que la contradicción principal de nuestro tiempo se ha agudizado y que precisamente por ello el capitalismo no tratará, en tanto pueda evitarlo, de resolver sus problemas económicos internos por el peligroso camino de parar en seco el crecimiento de las fuerzas productivas.

Podría pensarse, claro está, en la guerra, en una salvadora guerra nuclear capaz de destruir no una Hiroshima y un Nagasaki lejanos y aislados sino la vida toda en siquiera la mitad del planeta. Más de un general del Pentágono, de los muchos que creen que la guerra atómica es un peligro menos grave que el comunismo, se frota seguramente las manos ante tal perspectiva. Pero al margen de que, de imponerse tan monstruosa fórmula la parte más destruida podrían ser las propias potencias imperialistas, lo cierto es que en la presente coyuntura tampoco es fácil arrastrar a los pueblos al suicidio atómico. El movimiento mundial de la paz es una expresión de la lucha de clases, interna e internacional, así como de un caro anhelo de la humanidad que sería erróneo menospreciar. Y si bien es cierto que mientras haya imperialismo habrá una seria amenaza de guerra, tras la experiencia de Vietnam parece difícil que incluso un pueblo tan despolitizado como el norteamericano, y más todavía el francés, el inglés, el italiano, pudieran ser lanzados a una gran aventura bélica con el sólo fin de devolver a los capitalistas la ganancia, y con ella, supuestamente, la confianza en el futuro.

Un tercer camino que en rigor no ha dejado de recorrerse en el último medio siglo es el del fascismo. Los países del Eje y especialmente Alemania en los años de Hitler demostraron que el aplastamiento del movimiento obrero, la liquidación incluso de las formas más inocuas de la democracia burguesa, la represión brutal, el armamentismo y la solución por la fuerza de los conflictos internos e internacionales puede constituir otra salida. Pero aparte de que el fascismo sólo es realmente eficaz cuando desemboca en una gran guerra, como lo comprueba la agresión a Vietnam y la militarización del imperialismo yanqui, al nivel actual de las contradicciones del sistema, la carrera de las armas y aun el uso masivo de éstas en una guerra que para los Estados Unidos fue más cruenta y costosa que la segunda guerra mundial, tampoco han sido una solución eficaz. Y menos podría serlo el mantenimiento de unos cuantos islotes fascistas en España, Chile, Sudamérica y otros países.

Lo que no significa que si no hay otra salida, el capital monopolista no recurra a todas las formas de violencia a su alcance, sin excluir siquiera el genocidio. Si las leyes del mercado no cumplen satisfactoriamente su parte; si la "mano invisible" de otros tiempos y aun la cada vez más obvia y visible del capital monopolista no logran que el proceso económico se desenvuelva en beneficio de la oligarquía, probablemente se actuará con los pies, y no con los pies desnudos sino enfundados en botas militares. Lo que quiere decir que mientras persista la crisis —y en un sentido profundo ésta acompañará al capitalismo hasta su muerte— el fascismo estará siempre en la agenda del sistema. El fascismo, sin embargo, tampoco es

inevitable o fatal, y ahora tendría que enfrentarse a una correlación de fuerzas mucho más desfavorable que la de los años treinta. En Latinoamérica, el imperialismo y las oligarquías criollas tratarán como ya lo han hecho en varios países, de responder a la crisis económica y a la creciente tensión social mediante una u otra variante del fascismo. En los propios Estados Unidos la disyuntiva demócratas-republicanos da base para temer, especialmente en un momento en que se agudiza el anticomunismo, se incrementa el presupuesto militar hasta casi 115 mil millones de dólares y renace la política de guerra fría, que el complejo militar-industrial norteamericano sea cada vez más una poderosa dictadura fascistoide que cifre en el armamentismo, la represión interna y la agresión a otros pueblos la estabilidad del sistema. Pero en otros casos se tropezará, seguramente, con mayores obstáculos. O, ¿podrá el imperialismo, tras las recientes derrotas sufridas en Grecia y Portugal, convertir a Giscard d'Estaing en un Bordaberry o imponer, en Italia, en donde los intentos neofascistas han fracasado ante una clase obrera combativa y cada vez más consciente, a un Pinochet?

Los liberales y los reformistas, partidarios casi siempre de soluciones menos violentas e incapaces de descubrir las causas más profundas de la crisis, subrayan a menudo la necesidad de ajustarse a la ley y a los principios de la democracia tradicional; olvidan que las condiciones históricas que hicieron posible esa democracia no están ya presentes y que la defensa retórica de tales principios no ha sido obstáculo para que el capital monopolista se fortalezca económica y políticamente y aun para que el fascismo rompa la frágil legalidad burguesa.

La actual crisis no es susceptible de resolverse mediante reformas democráticas. Las que pudiera proponer o aceptar la burguesía son, realmente, una ilusión liberal y a menudo un simple engaño. Las que los trabajadores, por su parte, pudieran arrancar a la clase en el poder no son fáciles, ni aun consiguiéndose bastarían para cambiar radicalmente las cosas, lo que no implica menospreciar la lucha democrática. Demandar a estas horas mejores salarios, exigir el respeto al derecho de huelga, oponerse enérgicamente a la inflación, denunciar y hacer comprender a las masas el verdadero papel del Estado, defender incluso las viejas libertades individuales consagradas en las constituciones burguesas, luchar contra la oligarquía, reclamar la nacionalización de ciertas actividades y ganar a las masas a luchar resueltamente contra los monopolios y contra la amenaza fascista, a fin de que la crisis afecte cada vez al capitalismo y a los capitalistas y no a los trabajadores, son algunas de las formas en que éstos pueden vigorizar la lucha democrática, no como un esfuerzo aislado que por sí solo sea capaz de librarnos de la crisis y menos de las causas que la determinan, sino como parte de una estrategia y una táctica revolucionarias, que a corto plazo contribuyan a defender los intereses de la clase obrera y sus aliados, a través del reforzamiento de sus luchas, y a plazo más largo hagan posible conquistar el poder y empezar a sentar las

bases de una nueva sociedad. La crisis cíclica es inherente al capitalismo y la crisis general a la época histórica en que vivimos, de transición al socialismo. La política demagógica y pseudodemocrática de “menos mantequilla y más cañones” —no digamos la de “mantequilla para unos y cañones para otros”— agravará inclusive la explotación y la anarquía. Sólo acabando con éstas, lo que supone destruir la propiedad privada de los medios de producción y las relaciones sociales en que tal propiedad descansa, será posible poner fin a las crisis.*

- ¹ Algunos estudios interesantes sobre el tema son *La crise de l'imperialisme*, de Samir Amin, Gustave Massiah y otros. (Editions de minuit, París, 1975; *L'internationalisation du Capital*, de Christian Palloix (Maspero, 1965); *Economie et Politique* en 1975; *Etudes sur le Capitalisme Monopoliste d'Etat*, sa crise et son issue, de Paul Boccara (París, 1975); *La Crise Mondiale du Capitalisme*, del Departamento de Economía de Vincennes (Universidad de París, 1975), *Radical Perspectives on the Economic Crisis of Monopoly Capitalism*, de varios autores, publicado en año antes mencionado por la Union for radical Political Economics, y diversos artículos de Paul Sweezy, Harry Magdoff, Jabob Morris y otros, aparecidos en *Monthly Review*, principalmente desde 1974.
- ² Tan sólo entre 1954 y 1974, el valor en libros de las inversiones directas de los Estados Unidos en el resto del mundo pasó de 17,626 a 118.613 millones de dólares, aumentando más que en ninguna etapa anterior, sobre todo las hechas en Europa y Canadá. (Los datos proceden del *Survey of Current Business*).
- ³ Actualmente, tan sólo los 200 más grandes consorcios industriales de los EUA controlan más del 60% de los activos de todas las empresas.
- ⁴ C. Marx, *Historia Crítica de las Teorías de la Plusvalía*. Tomo II, p. 523.
- ⁵ C. Marx. *El Capital*, México, 1947, Tomo III, Vol. I, p. 296.
- ⁶ “El crédito, en la medida en que fomenta y acelera la concentración del capital, contribuye también a acortar el período de trabajo, y por tanto el tiempo de rotación, y “...acortando el período de rotación, cabe poner en movimiento el mismo capital productivo con menos capital-dinero o poner en acción con el mismo capital dinero un capital productivo mayor”. C. Marx, *El Capital*, Tomo II, pp. 252 y 385.
- ⁷ “El ciclo del capital sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin interrupción...” “El capital, como valor que se valoriza, no encierra solamente relaciones de clase, un determinado carácter social, basado en la existencia del trabajo como trabajo asalariado. Es un movimiento, un proceso cíclico a través de diferentes fases, que a su vez se halla formado por tres diferentes etapas. Sólo se le puede concebir, pues, como movimiento, y no en estado yacente”. C. Marx. *El Capital*, Tomo II, pp. 59 y 113.
- ⁸ “El que produce no tiene opción entre vender y no vender. Tiene que vender, necesariamente. En las crisis se revela precisamente su imposibilidad de vender lo producido... como no sea por debajo del precio de producción o con una pérdida...” “...la finalidad inmediata que persigue un capitalista al vender, es la de volver a convertir en capital-dinero su mercancía, o mejor dicho, su capital-mercancías, realizando de este modo sus ganancias...” “Mientras el capital ya valorizado persiste en el proceso de producción como mercancía se paraliza...” C. Marx, *Historia Crítica...*, p. 494 y *El Capital*, Tomo II, p. 49.

* La segunda parte del presente trabajo, actualmente en preparación, se refiere a las principales manifestaciones de la crisis del capitalismo mexicano.